

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



RESUMEN BIOGRAFICA

DE D. CENON TOCA LA FLAUTA.

Tengan paciencia nuestros lectores si les amostazan las relaciones biográficas de estos dos personajes, tan extravagantes en su figura como en los acontecimientos de su vida; pero antes de dar principio á las tareas que se proponen, bueno es dar á conocer las particularidades que han concurrido para llegar al estado en que hoy se encuentran, como tambien de sus caracteres y demas adornos que les acompañan.

Fue D. Cenon, desde los primeros momentos de su vida, una de aquellas rarezas con que la naturaleza nos manifiesta de vez en cuando, que es muy dueña de hacer cuanto la dá la gana, sin que ninguno la venga con dimes ni diretes; así que, segun se espresa en su partida de bautismo, parece que D. Cenon tuvo origen en el famoso pueblo de Cirolillos; que lloró en el vientre de su madre y salió á luz á los tres meses de haber sido concebido; esta premura no fue un obstáculo para el com-



pleto desarrollo de sus formas; y en prueba de su precocidad, parece que nació con todos sus dientes y muelas cabales, de suerte que á los tres días de su nacimiento partía avellanas y nueces, y se atracaba de garbanzos tostados; á los cinco días sufrió el destete, alimentándose con galleta, pan de munición y aceite crudo, porque sus padres no gozaban, á la verdad, de una opulencia muy sobresaliente; á los siete ya andaba solito; al mes hablaba como un loro; á los dos meses fue á la escuela; y por último, al cumplir el año habia concluido tambien la latinidad: no parece susceptible de mas progreso la naturaleza humana. Describir los adelantos que en cincuenta años que hoy cuenta ha podido adquirir, seria nunca acabar; pero baste decir, que despues de haber sufrido el moquillo, sarampion, pujos, viruelas, escarlata, paperas, alfombrilla y demas contratiempos infantiles, cuyo conjunto lo pasó en tres dias y medio, continuó su veloz carrera haciendo iguales progresos en las ciencias y en las artes; de manera, que á escepcion de papa, rey, obispo ó general, para lo cual, aunque le sobra el entendimiento le falta el intríngulis, apenas habrá profesion en que no pueda meter su cucharada, como solemos decir, y para probarlo hasta la evidencia será suficiente presentar á nuestros lectores una copia del encabezamiento de una esposicion que á nombre suyo hizo el cura de Cirolillos, solicitando la plaza de flauta de aquella colegiata; este encabezamiento es como sigue:

«D. Cenon Tortolilla y Mascapiedras, natural y vecino de esta villa; profesor de flauta, fiel de fechos, sangrador, fabricante de estera fina é instrumentos quirúrgicos; profesor de latinidad, veterinaria, arquitectura y primeras letras; fabricante de productos químicos, chimeneas francesas y fajas elásticas; maestro de esgrima y fabricante de abanicos chinescos; literato, tejedor de sedas y constructor de forte-pianos; vicepresidente de la sociedad de amigos del pais; guarda-almacen de los efectos municipales; director de baile, sacamuelas, bacheriller, vaciador de navajas de afeitar, compositor de música, etc., etc., etc.»

Esto solo manifiesta la estension de sus conocimientos, aunque no hemos espresado sino una pequeñísima parte de los que posee, y que en la actualidad se halla ejercitando en esta corte, con admiracion de cuantos le conocen.

Jamás tuvo D. Cenon inclinacion al lazo conyugal, por lo cual toda su familia se reduce á su sobrino Papamoscas, de quien, á pesar de la imbecilidad que le acompaña, piensa sacar un partido considerable para las tareas periodísticas en que se acaba de empeñar, aprovechando las noticias y observaciones

que pueda adquirir por las calles, plazas y portales, como diablo desocupado.

D. Cenon es hombre muy amante de la justicia, y por lo tanto nada tiene que temer el que camine con ella en la mano. Su genial es alegre y pacífico; le agrada mucho la flauta; pero su mayor fuerte es el volteo y el salto del trampolin, á pesar de hallarse convertido en una esfera.

BIOGRAFIA DEL PAPAMOSCAS.

Nací en el Paular, pueblo en donde abundan los animales de mi raza: á los catorce años entré en una escuela de Potes en Castilla la Vieja, y tengo diez y ocho y sé leer perfectamente un libro impreso con letras gordas: no tengo mas cumplida educacion, porque mis padres se murieron antes de que yo naciera: él era mochilero del monasterio del Paular, y ella despaviladora del padre portero; me explicaré: tenia el oficio de despertar á su paternidad tocando la campanilla de su cuarto apenas salia el sol: no sé si será verdad ó mentira, pero como me lo vendieron lo vendo. Desde que yo era pequeñito me tuvo en su casa y compañía un porquero, y ya se pueden figurar mis lectores que contraí al momento estrecha amistad con la familia que el buen hombre tenia á su cargo: ya en edad de poder manejarme por mí mismo, supe, porque me lo dijeron, que en esta corte tenia yo un tío, que sin duda debió ser hermano de mi padre ó de mi madre por la ley que me tiene, y el cual se llamaba D. Cenon Toca la Flauta: hice, pues, el viage á esta capital, y habiéndole encontrado al fin, me aposenté en su casa: su primer cuidado fue el de enseñarme perfectamente todas las calles de la coronada villa: así hemos estado mucho tiempo, hasta que convencido de que conozco ya sus entradas y salidas sin perderme, y de que puedo penetrar solito en el mas oscuro y apartado callejon de la corte, llamóme hace dias á su despacho, y me dijo:

«Serapio (han de saber mis lectores que yo me llamo Serapio): paréceme que ya te puedo abrir la jaula en la seguridad de que aunque vagues por ahí todo el dia, sabrás volver á tu nido.

—Creo que sí, apreciable tío.

—Pues bien: oye el pensamiento que he formado hace algunos dias: tú eres de lo mas bestia que ha nacido de madre, y tienes el alto placer de no servir para maldita la cosa de provecho; sin embargo, te voy á dar una ocupacion honrosa: apenas el sol aparezca en el horizonte todas las mañanas, te pondrás el frac y la gorra, y te irás por esas calles de Dios, sin pensar en volver á casa hasta las ocho de la noche.

:



—Segun eso, tío, no deberé salir en los dias nublados?

—Lo mismo, imbécil, lo mismo; te he dicho que apenas el sol aparezca, valiéndome de una figura retórica. Prosigo mi cuento: tu ocupacion en ese tiempo será la de observar todo lo que suceda en Madrid de bueno y malo, la de recoger todas las noticias que circulen; y en fin, la de verlo todo con detenimiento, de tal manera, que cuando tornes de noche á tus hogares, puedas hacérme una relacion detallada de pormenores y circunstancias, á fin de anotarlas yo, y publicarlas despues en un periódico que pienso dar á luz muy en breve.

—V. periodista, Sr. D. Cenon Toca la flauta? ¿Lo ha pensado V. bien?

—No solamente voy á serlo yo, sino que tú vas á entrar tambien en la cofradía.

—Me parece, señor ex-fabricante de estera fina, que ese paso es en V. una calaverada imperdonable.

—Serapito! te confieso ingenuamente que en los años que llevo de vida, no he tratado con persona mas estúpida que tú: Pues acaso, ¿te figuras que para ser periodista en estos tiempos se necesita saber leer ni escribir? ¿Piensas que hacen falta estudios? No, sobrino mio: en la actualidad cualquier pelafustan en camisa puede enristrar la péñola y lanzarse á ilustrar á una nacion entera: ¡cuántos hay, Serapio, que se encuentran en este caso, y sus escritos son leídos por gentes que se precian de saber! ¡Válgate el diablo por tu ignorancia! Y no está en eso la parte mas lastimosa, sino que el dia en que mas descuidado estás, ves al pelafustan que te he dicho sentado en una poltrona: ¡Serapio! y ahora, ¿qué me contestas?

—¡Tío de mi alma! que quiero ser periodista.

—¡Hola! Parece que te has animado con mis palabras: pues bien; desde mañana comienza tu trabajo. Una advertencia sola réstame que hacerte: en ninguna ocasion ni por motivo alguno has de darme noticias que conciernan á la política española.

—Ay! ay! ay! Y entonces, ¿de qué nos vamos á ocupar?

—De todo menos de eso: sal por esas calles y observa hasta lo que te parezca mas insignificante, que abusos hay de sobra y desgobierno en la corte para llenar nuestros intentos; con que, ya lo sabes, mañana al amanecer pondré en tus manos un panecillo y un cuarteron de queso, te abriré la jaula y hasta la noche en que te aguardaré con los brazos abiertos.»

Lectores de mi alma! Gracias á Dios y á mi tío, á los diez y ocho años ya tengo oficio y ocupacion: desde mañana voy á ser periodista y á publicar mis observaciones si el tiempo lo permite, pues se me figura que tendrémós tormenta dentro de poco, en cuyo caso, como no tengo para-

aguas, tendré que refugiarme á un zaguan, y cesaré en mi ejercicio de

Papamoscas.

Primera sesion del Papamoscas y su Tio.

La sala está perfectamente á oscuras: D. Cenon repanchigado en un sillón de baqueta, acaba de recibir á su sobrino Papamoscas: son las ocho y media de la noche.

Despues de un silencio de tres minutos, el tio hizo uso de la palabra.

«Vamos á ver, Serapio; cuéntame sin tartamudear las mas minuciosas circunstancias de tu paseo de hoy: no dudo que habrás andado torpe, porque ha sido la vez primera que te he dado suelta; pero sin embargo, confio en que no habrás cometido indiscrecion alguna: comienza tu relato.

—Pues señor, he estado en el campo del Moro.

—Qué estás diciendo, Serapio? Con que es decir que has descuidado completamente mi encargo?

—No, señor! si hay tiempo para todo: á las nueve ya estaba de vuelta, y por cierto que entré por la puerta de Alcalá.

—Y qué has visto de nuevo?

—Una cosa que me ha sorprendido sobremanera: el centinela del cuartel del Pósito.....

—Serapio! Estás oliendo á estúpido hace un cuarto de hora: te veo ya meterte de patas en la política, y eso es cabalmente lo que te he prohibido con mas empeño.

—Pero, tio.....

—Pero, sobrino, ¿puedes disponer de seis mil duros?..... Solamente de este modo tendrás facultades para hablar *alguna cosa* de política.

—¿Con que en España hasta el hablar cuesta el dinero?

—Y gracias á Dios que no cueste algo mas.

—Pues señor, *abrenuncio*: si yo tuviera seis mil duros, no los destinaría seguramente á que se los comieran unos y otros: les daría sin duda un giro mas provechoso para mí.

—¿Qué harías con ellos?

—Nada mas sencillo: tomaría la contrata del alumbrado de esta corte.

—Estás loco, imbécil?

—Ay! D. Cenon de mi alma! V. no entiende el *intrínquilis*: suponga V. todo lo que yo voy á suponer, que advierto no es mas que una suposicion: suponga V., repito, que yo soy el contratista del alumbrado, y que tengo obligacion de suministrar nueve onzas de aceite diarias para cada farol de la capital, ¿qué haría yo? Poco es..... pero en fin, en vez de nueve onzas, daría ocho; es decir, que suponiendo que haya en Madrid dos mil faroles, guardaba para mi bolsillo secreto la cantidad de dos mil onzas diarias, que reducidas á libras hacen un total de ciento veinte y cinco: el precio del aceite puede regularse á dos reales libra; por consecuencia me chupaba de bóbilis bóbilis un diario de doscientos cincuenta reales, y por otro nombre una renta anual de noventa y un mil quinientos reales vellon.

—Muy bien, querido Serapio! Conoces perfectamente las ventajas

supuestas por ti de esa especulación; pero no has discurrido las contras. Y si te descubrieran el gatuperio?

—Eso no es tan fácil, Sr. D. Cenón: poniéndose de acuerdo con ciertas personas....

—Y si el Sr. corregidor, que es hombre que no entiende de chiquitas, te imponía una multa de QUINIENTOS reales, como la que no hace muchos meses impuso al contratista actual, porque no alumbraban bien los faroles de cierta calle?

—Me hacía un favor, tío de mi alma; quitándome picos inútiles donde estaba la suma de mis ganancias que se fijaban en noventa y un mil reales vellón anuales.

—Perfectamente; veo que echas en tus cálculos las cuentas del gran capitán; pero en fin, sea como quiera, déjate de suposiciones absurdas que podrían costarte caras; basta de digresiones, y continúa refiriéndome los pormenores de tu paseo, sin escederte á hablarme de cosas que repugnen al buen sentido: sobre todo, antes de darme una noticia, cuida de que sea cierta y segura, á fin de que cuando yo la publique no me esponga á ser calificado de *vil impostor*, como lo fue no hace muchos días el *gacetillero del Herald*.

—¿Es verdad?

—Como lo refiero: se permitió la libertad de anunciar al público, que la compañía española general de Comercio había cerrado su gran bazar de la calle de la Montera, por hallarse en estado de quiebra y liquidación, y la compañía, celosa de su buen nombre, le contestó por medio de su entendido y honrado director el Sr. D. Antonio Vidal, que semejante noticia de quiebra era una vil impostura, frase que el caballero *gacetillero* se comió con todos sus puntos, rasgos y perfiles, y que por poco le ocasiona una indigestión.

—¿Y qué medida adoptó al verse tratado de una manera tan insinuante?

—¿Qué medida me preguntas? la de cantar la palinodia en un juicio á que fué citado por la misma compañía española: dijo que su dicho había sido efecto de otro dicho, y que no lo había dicho con objeto de perjudicar la fama de la sociedad; en una palabra, Serapio, que lo había dicho, por decir algo; con que así te advierto de una vez para siempre que al darme una noticia

Has de estar muy convencido
de lo cierto y verdadero,
para no ser desmentido
como ya ves que lo ha sido
el pobre *gacetillero*.

Ahora, Papamoscas, sigue tu relato, pues hasta aquí nada me has dicho acerca de tu escursión.

—Va V. poniendo tantas trabas á mi lengua, tío, que apenas me determino á abrir la boca; me parece que ya no me atreveré á pronunciar una sola palabra, creyendo que voy á decir una barbaridad, como creo que tampoco me decidiré otro día á pasar por la calle Mayor y Puerta del Sol, juzgando que voy á romperme la crisma, como hoy me ha sucedido.

—¿Te has caído, desgraciado?

—Y pienso que no he sido ni seré yo el único que bese de sopetón las piedras de esos puntos, porque la situación del piso no está para menos.

—Mal sientas el pie, Serapio, ó algún empuje violento debiste sufrir para hociocar de esa manera. Cabalmente has nombrado dos calles que

acaban de ser empedradas por el nuevo estilo de adoquines, el cual es el mejor porque es el más caro, y ya sabes Serapio, que lo que mucho cuesta, mucho vale ó debe valer.

—Eso es verdad, y no titubeo en confesar que el empedrado de adoquines es uno de los mas cómodos, pero lo es cuando se haya colocado con los requisitos legales de preparacion de terreno y fijeza en el mismo; el de la calle Mayor y Puerta del Sol de todo tiene menos de seguridad.

—¿Qué entiendes tú de eso, Serapio?

—Una de dos, domine mio; ó el empedrado á que nos referimos, sin contar el de la calle del Príncipe que se halla en un estado infame, adolece de las faltas que he mencionado, ó los adoquines padecen dos enfermedades: la de la merma y la de la hinchazon: ello es que al ser encajonados en tierra presentaban todos la misma altura, y ahora hay piedra dos dedos mas empingorotada que su compañera: así es que se han formado unos baches y tropezaderos tan hermosos, que particularmente cuando llueve no hay mas que pedir.

—No habrá sucedido eso sin embargo porque se han economizado los gastos.

—Al contrario, tío, se dice por ahí que ha costado el dinero que necesitarian seis ú ocho familias para ser completamente felices.

—Sí, pero ya debes conocer que el ayuntamiento, que es el que ha costado esa obra, no tiene la culpa de que los operarios no hayan cumplido con su deber.

—Sí señor, pero el pueblo, que es el que dá el dinero al ayuntamiento, tiene derecho á reclamar que sus fondos sean bien distribuidos y no tirados de esa manera.

—Veo que te vas irritando, Serapio, y eso desdice notablemente de tu natural mansedumbre: el ayuntamiento mandará enmendar esos defectos del empedrado...

—Para gastar mas dinero inútilmente.

—¿Y qué ha de hacerse ya? ¿Quieres tal vez que vuelvan á empedrarse de nuevo?

—Sabe Dios si mañana verá V. puesto en práctica ese plan que hoy le parece tan absurdo!

—¿Cuál?

—El de empedrar de nuevo la calle Mayor y la Puerta del Sol, pues así se ocupan trabajadores, y todos comen, y en fin.... sea lo que Dios quiera.

—¿Has bebido algo, Serapio?

—Sí, sí; ándese V. con bromitas, Sr. D. Cenon: no hace mucho tiempo que se construyó en el Prado una verja magnífica con soberbios asientos de piedra y sin ningun defecto por mas señas, y cuando menos lo pensábamos la vimos desaparecer como por encanto, despues de haberse empleado en ella mas de treinta mil duros, para poner en su lugar una barrera fea, de mal gusto y que tambien ha costado un dineral; pero ya vé V., quitando y poniendo, y derribando y... vamos... repito que los pobres tienen trabajo... y...

—Serapio! respeta los motivos que haya tenido el ayuntamiento para hacer esa variacion.

—Tío! yo los ignoro; pero si ha de atenderse á lo que por ahí se dice, son bien mezquines por cierto: se asegura que esa medida fue adoptada, porque los pobres se sentaban en los escaños de piedra de la verja y empañaban con su aliento el sitio á donde debia concurrir la mas escogida sociedad de Madrid; y á fin de evitar el roce... es de-

cir... á fin de que las personas *decentes* tengan privilegio esclusivo....

Señor D. Cenon, ¿me esplico? aunque la virtud le sobre, al fin no es mas que un horrico el pobre, y no debe el rico confundirse con el pobre.

Esta es la máxima que se asegura siguió el ayuntamiento al destruir una verja tan hermosa, que servia de tanto adorno al salon del Prado, y sobre todo que habia costado mas de treinta mil duros, segun tambien se asegura.

—Basta de *se dice, se asegura*, Serapio: no olvides que quiero la certeza en todo lo que me refieras: prosigue tu narracion y dime á dónde fuiste á parar con tus huesos, despues que te repusiste de la caida en la calle Mayor.

—Entré en el pasaje del Iris y en un gabinete de lectura que hay en él.

—¿Llévete dos mil demonios, Serapito! ¿Con que has pasado el día en dimes y diretes, y perdido miserablemente el tiempo?

—No señor, al contrario, mucho celebré mi ocurrencia de entrar en el gabinete, porque al dedicarme á leer la *España*, periódico que se publica en esta corte, leí en las *gacetillas* un párrafo que hablaba con nosotros.

—¿Y qué decia?

—Una porción de cosas muy lindas: nos llamaba tontos y... á la verdad de buena gana me empeñaria con V. para que contestase cuatro palabras al *sabio retacista*.

—Cada uno tiene lo que Dios le ha dado, y no me meteré yo por cierto en contestaciones con nadie: ya conocerá con el tiempo el *gacetillero de la España* que nosotros, al escribir, no estamos *pagados* de nuestro saber, y que si talento nos falta, nos sobran ideas propias y conviccion de nuestro deber.

—Corriente, señor mio; pero yo desearia á pesar de todo una respuesta categórica.

—Déjalo estar, Serapio, que bastante castigado se encuentra en este mundo el hombre que no sirve para otra cosa que para ser *gacetillero* de un periódico. Refiéreme, pues, lo que hiciste á tu salida del gabinete de lectura.

—Me metí en la confitería de la Dulce Alianza en la calle del Príncipe.

Al oir D. Cenon estas palabras, se levantó de un brinco de su sillón de baqueta, y gritó á su sobrino con voz de trueno:

—Serapio! todo te lo perdono menos el haber sido goloso, y mucho mas el no haberte acordado de mí para traerme una confitura.

—Pero, señor, si no entré allí á comer dulces.

—Nada! nada! en vano pretendes disculparte; si mañana en la noche no traes mejor resultado que hoy, te excomulgo para siempre.

—Oiga V. tio de mi corazon... si yo...

—Nada escucho.

—Pero por la Virgen de los Aflicidos...

En vano el buen Papamoscas se esforzaba para contener á su formidable tio: éste salió de la sala hecho una serpiente americana, y viendo que Serapio queria seguirle le dió con la puerta en los hocicos.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6.—Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, calle de Carretas, núm. 4; y almacen de música de Carrafa, calle del Príncipe, núm. 15.

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.